
PRÓLOGO

Todo en Andrés Caicedo es *Ciudad y rebeldía*. Esta obra a varias manos también es un capricho literario, donde sus autores derivan entre los espíritus propios del transeúnte caleño, de los sesenta y setenta, y los referentes teóricos de las ciencias humanas. Se trata de una producción que revisa las palabras dichas de forma escueta y se balancea en la dulce melodía de la música, categoría incluyente donde caben propios y ajenos porque ella no es de nadie, ni siquiera de sus compositores.

Las historias, que permiten descifrar los enclaves hallados en esta compilación de ensayos, y los personajes *caicedianos* dejaron huellas marcadas por el humo propiciado en las rumbas de un grupo de jóvenes burgueses, empeñados en sostener una contracultura que se detuvo en las nubes de las despedidas pensadas y arrojadas. Ellos lo dejaron todo, pero no lo abandonaron. Movilizaron una parte de Cali y quedó su legado, ese nuevo trazo ideológico regurgitante de placeres, hastiado de experimentar y de romper su propio estigma.

En esta producción, las voces de los autores y las melodías halladas en ella conversan sin escucharse y, a pesar de ello, se encuentran en las búsquedas esenciales de Andrés Caicedo y sus amigos del ‘parche’ tales como la autonomía, la explotación de sus individualidades y las luchas por promover movimientos literarios y culturales auténticos. Algunos de estos agites musicales, teatrales, cinéfilos y literarios provenían de una fuerza foránea que paulatinamente se confundió con la nuestra.

Los escritores indagan y contemplan los paisajes socioculturales y psicológicos de obras como *El atravesado*, donde, según Raúl Avellaneda Báez, “El protagonista conoce con suficiencia la sociedad que le tocó vivir, es capaz de integrarse a la misma porque él, al igual que todos ellos, interactúan en una sociedad en transición, la clase burguesa es excluyente, y esto lo podemos

analizar en la actitud de la prima del *atravesado*, María del Mar, quien ante la pregunta de quién es ese, afirma ‘...un primo pobre que yo tengo’.

De otro lado, Anouck Link, Alberto Bejarano y Germán Giraldo navegan en los ires y venires nocturnos de *Que viva la música*. La primera autora, desde una perspectiva sociológica, planta su mirada en la contracultura motivada más por el cómo escribe Caicedo, debido a “ese impulso que lo empuja hacia los demás, resolviendo exitosamente la barrera de la incompreensión. La escritura de Caicedo no es producto de fríos y minuciosos cálculos de la mente.”

Con respecto a esa misma obra, Alberto Bejarano establece una comparación **inaplazable y contundente, entre Andrés Caicedo y Óscar Hijuelos** con *Los reyes del mambo tocan canciones de amor*, apoyada en los estudios sociológicos de Eliane Robert Moraes, acerca de los efectos de la música, el arte y sobre todo la danza en el cuerpo. “La salsa, la verdadera salsa como grito, como canto sagrado, como herencia de fantasmas errantes en un destino fatal para quien se interna en ella, a cuerpo entero. Alguien que no lo haya vivido, podría ver la salsa como algo que apunta sobre todo al goce, a la celebración, a la embriaguez, sin embargo, estas dos novelas nos muestran también otros trayectos.”

Así mismo *Que viva la música* invita a Germán Giraldo Ramírez a capturar con su cámara literaria los movimientos, los dichos y los rituales del monólogo interior y la intertextualidad de esta obra: “¿Cómo no lo había conocido antes? – Porque eras una burguesita de lo más chinche”. Dice Giraldo: “Este diálogo se produce en una visita al río Pance que es uno de los espacios diferentes a la noche, el cual es una excepción de los espacios en los que transcurre la novela. El monólogo interior establece un diálogo entre las amigas del Colegio Liceo Benalcázar. Sus amigas frecuentan los mismos sitios pero con diferente actitud, ante la música, el baile y la rumba.”

Otra obra de Caicedo que, dialoga con la novela *13 céntimos* de Sello Duiker, es *Angelitos empantanados*, donde Juan Sebastián

Rojas Miranda y María Camila Rojas Miranda plantean que: “En ambas obras, la acción de explotar obedece a un proceso: se reconoce la gran cantidad de energía, se vehicula y se consume. Por un lado, en Andrés Caicedo, una melancolía fría, un fuego que hiela, pone a los angelitos a ver la muerte en su entorno, luego estos buscan esa muerte ligada al fuego amoroso (Angelita) hasta que mueren. Por otro lado, en K. Sello Duiker, Azure se encuentra encerrado y alucina para liberarse, hasta creer que está incensando su habitación. Sí, para retomar las palabras del escritor Jean Paul Sartre, “el infierno son los otros”, cualquier cosa a su alrededor enciende la mecha explosiva de los angelitos de K. Sello Duiker y Andrés Caicedo.”

De otro lado, Angélica María Vivas Betancourt descubre otra faceta del autor estudiado que, desde esta perspectiva de ciudad y rebeldía, contrasta con el temperamento que se erige en el amor romántico. Esta autora identifica, a través de la última carta de Andrés Caicedo, al rebelde más enamorado y de una forma que probablemente lo llevó a acelerar su muerte, tan anunciada de muchas maneras en sus obras. “Así como su muerte no resultó sorpresiva, tampoco lo debió ser el contenido de la carta objeto de estudio de este texto, y que se publicó años más tarde en *El cuento de mi vida: memorias inéditas* (2007). Esta carta, en la que Andrés enajenado se dirige a Patricia Restrepo, en el marco de una de sus múltiples rupturas sentimentales, pone de manifiesto una relación tormentosa entre los dos: ‘mi amor único, mi vida entera, mi redención y mi agonía...’. A lo largo de toda la carta, el tono de dolor se hace insoportable. Cada párrafo logra que el lector se contagie de esa ansiedad, de esa angustia pavorosa y suicida. Las palabras del caleño son una agonía constante por la ausencia de Patricia, a quien en una misma frase reclama y suplica.”

Esos duelos de ciudad son fotografiados por Ana Milena Sánchez quien, a través de los cuentos de Caicedo, se sienta a su lado en un parque, en una esquina o en la puerta de una rumba a contemplar la gente que deambula sin ton ni son. “Caicedo tiene claro que esa rebeldía y anacronismo lo dirige a sus narraciones en donde la

ciudad es otro personaje. Aborda una cotidianidad que se mezcla con el sufrimiento de vivir, donde se hunde cada vez más en los paisajes urbanos y su humor negro.”

Como una despedida a esta ensoñación de rebeldía, contracultura, amor e intimidad desbocada e irresuelta, Juan Pablo Marroquín Martínez configura una semblanza con la que simboliza al autor caleño como “un recuerdo de emancipación”: “Andrés, Andresito como le decían en su casa, a pesar de ser consciente de los procesos de emancipación que venía construyendo a través de su prosa, puestas escénicas y guiones teatrales, decidió ponerle fin a su vida a la edad de 25 para emanciparse completamente de estas estructuras sociales con las que nunca se sintió identificado.”

Vemos cómo nuestro creador de diferentes realidades sufridas, abatidas y obsesionadas nos acompaña en este pequeño resquicio literario, donde confluyen varios secretos que todavía siguen generando interrogantes como piedras puestas para escapar del avasallador destino.

Gladys Zamudio Tobar